

PAGINAS RECUPERADAS ANTONIO MACHADO

Es bien conocido el hecho de que en 1893 el joven Antonio Machado colaboró en la revista madrileña *La Caricatura* con el seudónimo de *Cabellera*. Aurora de Albornoz publicó once artículos de *Cabellera* (*La prehistoria de Antonio Machado*, Universidad de Puerto Rico, 1961), y años después daba noticia de otros más y reproducía algún fragmento de los nuevos materiales (artículo en *Cuadernos para el Diálogo*, extraordinario de noviembre, 1975). Son los tres aquí publicados íntegramente, hallados por nosotros en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

La prehistoria de Antonio Machado se enriquece así con estos textos reencontrados.

Por otro lado, también en *La Caricatura* de 1893 y firmados por *Tablante de Ricamonte*, figura otra serie de artículos, escritos en colaboración por Antonio y Manuel Machado, integrando una sección fija titulada «La Semana». Aurora de Albornoz publicó en el libro mencionado nueve de ellos. Nosotros hemos encontrado siete más, que también publicamos ahora, y que numeramos correlativamente a partir del último de los exhumados por Aurora de Albornoz. Anotemos la curiosidad de que el primero de estos siete trabajos aparece firmado sólo por *Tablante*, faltando el habitual *De Ricamonte*. Corregimos en cada uno erratas obvias y regularizamos puntuación y acentuación.

(*) Recopilado por Julio R. Puértolas y Gerardo Pérez.

VOCACIONES

Hay vocaciones para todo en el mundo.

—¿A qué piensas dedicarte, niño?

—Preguntaba un caballero en cierta ocasión a un tierno infante.

—A capitán general.

—Bien, bien... ¿Y tú?

—Yo, a mozo de cordel —contestó el hermano.

—¡Hombre!

—No, no, a ministro de Hacienda.

—¿En qué quedamos?

Claro está, que en el transcurso de los años muestran más o menos determinadas actitudes y disposiciones para *tal* o *cual* cosa, y que, andando el tiempo, quien cuando niño, deslumbrado por los brillantes uniformes de la gente de tropa, soñaba con la milicia, da en recaudador de contribuciones, y quien, entusiasta de la iglesia o del claustro, acaba en saltibañqui, bolero o corista de zarzuela.

Es evidente que la vocación se manifiesta en muchos individuos con caracteres claros y verdaderos, pero no es menos cierto que la inmensa mayoría de los jóvenes que cursan en Universidades, Escuelas y Academias, facultades distintas, no han pensado



nunca en las dotes que para ello les ha con-
coido la naturaleza.

Esto no es extraño, pues la mayor parte no piensan ejercer su carrera una vez terminada.

Conozco un joven que estudió Filosofía y Letras para retirarse después a su tierra, donde emprendió el comercio de aceitunas o higos chumbos.

Esta especie de individuos es muy común en nuestra sociedad, y no es de ella precisamente de quien yo pensaba ocuparme.

Hay otra clase, mucho más notable y original que la de estos pobres atunes, que no suelen significarse en nada.

Pertenecen a ella los que, ya por holgazanería, ya por falta de medios, pasaron sus primeros años, brazo sobre brazo, sin aplicarse a estudio alguno, y que más tarde, sólo trataron de divertirse y de pasar el tiempo alegremente.

No falta entre ellos algún espíritu elevado que suspira por el arte y por la gloria, ni quien se cree destinado a la inmortalidad. De estos salen muchos aficionados al arte de Talía, que acaban en las compañías dramáticas ambulantes.

A otros, por el contrario, sus aficiones les llevan a terrenos más escabrosos, y acaban en toreros de invierno en Pinto, Colmenar, Chinchón o Getafe.

Otros, los más célebres de todos, son los que continúan su vida entregados a una juerga perpetua.

Juan José García Jumera, que me fue presentado en cierta ocasión por un amigo mío, es uno de estos vertebrados.

Las cuatro o cinco veces, en que, por desgracia me he encontrado con él en la calle, ha tratado siempre de que le acompañara a la taberna más inmediata para tomar unas copitas de lo tinto; y me ha propinado las

matracas más espantosas que pueden imaginarse contándome sus hazañas y fechorías.

Es Jumera un joven de unos veinte o veintiún años, de pequeña estatura, de porte un tanto chusco y andares de primer espada de cartel.

Viste un traje mixto de chulo y señorito, y lleva sobre la cabeza un sombrero cordobés de ala ancha, y en la mano un recio bastón con puño de asta.

Las costumbres de García Jumera son de lo más extravagantes del mundo, y casi parece imposible que exista un ente de esta índole sin que le rompan la cabeza cuatro o cinco veces por semana.

Más no se extrañará de esto quien conozca su carácter jovial y despreocupado.

Para él, todo es motivo de broma y en todo encuentra diversión.

—El otro día —me dijo en cierta ocasión— nos fuimos con unas prójimas a comernos unos melones a las Vistillas... ¡Je, je, je!... y después a beber unas tintas en una taberna que había allí cerca armamos la juerga más fenomenal que puede imaginarse.

—Lo creo.

—¿Y qué se figura usted que ocurrió al fin y a la postre?

—Que lo metieron a usted de cabeza en un establo.

—No, hombre; no.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Pues que yo no tenía un cuarto en el bolsillo, y que no podía pagar al tabernero... ¡Je, je, je!...

—Bien, ¿y qué?

—Que se armó una bronca monumental. Supóngase usted que estaba yo un tanto alumbrado con el líquido que tenía en el cuerpo, y que al ver que el amo del mesón se venía hacia mí dispuesto a devorarme, levanté



el palo y... me arrimó un estacazo que me rompió una clavícula. ¡Je, je, je!...

—¿Una nada más? ¡Es lástima!

—Y de la taberna nos llevaron derechitos al Gobierno civil. ¡Je, je, je!...

El joven García Jumera pasa la vida riéndose de todo en una juerga perpetua.

Lo mismo asiste a un baile de candil, que se bebe un tonel de lo tinto, que se recibe una paliza si la ocasión se terciá.

Es evidente que este individuo ejerce su profesión. Si alguien lo dudara, ya se encargará él de demostrar que no sirve para otra cosa.

CABELLERA

(La Caricatura, n. 63, 1-X-1893)



¡DIOS NOS COJA CONFESADOS!

En un bodegón infecto, situado en uno de los arrabales de la población, reúnen una multitud de filántropos, pensadores exaltados, que se interesan vivamente por los destinos de la patria y por el porvenir dudoso y problemático de nuestro infortunado país.

Si las riendas del gobierno fuesen empuñadas por tan conspicuos personajes, cambiaría de modo radical la faz de los acontecimientos. Ellos tan sólo podrían conjurar la crisis fatal que se avecina.

Y, es el caso, que estos individuos, preocupados por cuanto acontece en el terreno de la política, no viven tranquilos ni descansan, maquinando siempre planes que conduzcan a la redención.

Don Estanislao, que lleva la voz cantante cuando se tratan asuntos de esta índole, es hombre de carácter y representación, de grandes barbas despeinadas, melena abundosa, gabán raído y sombrero con alas de buitre.

Es un vertebrado que, si la ocasión se presentara, no tendrá inconveniente en sacrificarlo todo por su patria, sin arredrarse nunca ante ningún obstáculo.

Porque, es lo que él dice: —Si los hombres de verdadero genio y empuje nos acoquináramos en los trances difíciles, ¿qué sería de nuestra infortunada nación?

Entre sus amigos, cuenta don Estanislao con admiradores entusiastas y goza fama de orador elocuente enérgico y viril.

Oigámosle.

—Señores: —dice a sus camaradas, adoptando una actitud digna y majestuosa— grave, muy grave es la situación por que atravesamos. Tan grave, que no puede serlo más.

Un general asentimiento acogió sus palabras.

—¡La revolución del mañana! Pavoroso problema que preocupa a cuantos presumen de filósofos o pensadores. ¿No veis, por ventura, el horrible horizonte preñado de tinieblas que augura muerte, y ruina y desolación? ¿No divisáis en lontananza, espesos y negruzcos nubarrones que amenazan cerrirse sobre nuestras cabezas? ¡Dichosas las generaciones futuras que gozarán del sol radiante de paz y redención! ¡Desgraciados nosotros que yacemos en el fatal marasmo, precursor de las grandes borrascas; que nos consumimos en la inercia más vergonzosa!

De entre nosotros, los que suspiramos por los nuevos ideales, saldrán los mártires y las víctimas; las palmas de la victoria corresponden a las generaciones futuras.

Quedó algunos momentos pensativo y prosiguió con tono triste y lastimero:

—Un amargo sentimiento: un pesar sin límites embarga mi espíritu, cuando lanzo mi fantasía a las regiones de lo venidero. Horror y espanto me causa el contemplar el presente estado de nuestro país, agobiado por contribuciones e impuestos, explotado hasta la médula de los huesos, sin esperanza alguna de salvación, y con el hambre y la miseria en perspectiva. ¿Qué remedio podríamos encontrar a tales desventuras?

—La dinamita —exclama otro filántropo; que funda su filantropía en el exterminio de la especie humana.

—El diluvio —añade otro que no abriga esperanza alguna de salvación.

—Calma, señores, calma: la revolución del mañana, que tanto nos preocupa, tendrá un desenlace feliz que dejará establecidas la paz y la tranquilidad. Cúmplenos tan sólo seguir la marcha de los acontecimientos.

—Yo, por mi parte iré si las fuerzas no me abandonan, hasta donde vaya la revolución —exclama otro de los de la pandilla, después de haber engullido una enorme ración de lentejas.

Al llegar a una de estas conclusiones, aquellos genios oscuros e ignorados, suelen dar la sesión por terminada y se retiran a sus respectivos domicilios satisfechos por haber encontrado solución a tan importante problema.

CABELLERA

(La Caricatura, n. 64, 8-X-1893)

POETAS POPULARES. ENRIQUE PARADAS

Es Enrique Paradas el poeta popular por excelencia, entre nuestros poetas modernos.

No sólo en sus cantares brilla la agreste y ruda virilidad de los cantares del pueblo, su sencillez, su ingenuidad y franqueza, sino que además se observa en ellos todas las deficiencias de que adolece la poesía popular, el pesimismo exagerado, la hipérbole hinchada, las viciosas construcciones de lenguaje.

Enrique Paradas es un temperamento meridional y en sus composiciones se refleja a veces el cielo de Andalucía.

Pero en las obras de Enrique Paradas no todo es luz; también hay pliegues sombríos, notas de melancolía y tristeza:

Yo la he besado en su casa
y ayer la besé en el huerto:
hoy tengo los labios fríos;
la besé en el cementerio.

Subjetivo en ocasiones, muestra, identificándose con el pueblo, un escepticismo sin límites:

A veces hablando sufro,
a veces me callo y pèno;
y a veces me da la risa
y a carcajadas me muero.

Objetivo, como lo es a veces el gran poeta anónimo, encierra todo un drama terrible en una soleá:

Mujer, cese tu alegría,
piensa en que tienes un hijo
y hoy hay un hombre en capilla.

Cuando, como el pueblo, se limita a describir le bastan muy pocos rasgos para caracterizar con admirable exactitud:

Tú tienes en tu semblante
el perfil del atrevido
y el sello del ignorante.

La barba muy blanca
y el pelo muy blanco;
si lo miras por fuera es de nieve,
por dentro es de mármol.

El espíritu de Enrique Paradas sufre en sus coplas admirables la más completa metamorfosis. Tan pronto le vemos identificado con la desgracia del mendigo, que gime y padece implorando la caridad del prójimo, en la siguiente seguidilla:

Estaba lloviendo...
de frío temblaba...
toditos me vieron y todos llegaron...
y todos pasaban,

como impulsado por un sentimiento de resignada desesperación, exclama en clásica mala-gueña:

Ni Jesucristo en la cruz
pasó lo que estoy pasando,
al mirar lo que estoy viendo
y al ver lo que estoy mirando..

Tan pronto movido por amor entusiasmado, dice en estrofa admirable:



Te saludo con más gusto
al mirarte en la ventana
que el sol saludó los campos
cuando llega la mañana,

como a impulsos del más negro pesimismo
exclama:

En la sangre está la vida
y en la vida está el querer,
y en el querer las traiciones,
y en la traición la mujer.

Enrique Paradas, nacido en la opulencia, dueño de un inmenso caudal que perdió en poco tiempo por circunstancias adversas, no pensó en sus primeros años en que había de verter su espíritu en el molde de la poesía, ni mucho menos en vivir merced al fruto de su trabajo.

Cuando la suerte le volvió la espalda y su espíritu adormecido en la holganza hubo de aprestarse a una lucha despiadada y cruel, a la lucha por la existencia, sobrevinieron en su vida las primeras adversidades que arrancaron de las fibras de su corazón las notas dolientes que encierran las primeras estrofas. Paradas fue poeta a impulsos de la desgracia.

Solo y desamparado en medio de una sociedad que le cerraba todas sus puertas, sin amigos, ni protectores, la horrible peregrinación de su vida se manifestó en todas sus poesías.

¡Cuántas veces, careciendo de hogar, contempló en las altas horas de la noche, la inmensa silueta de la ciudad que dormía y acudieron lágrimas a sus ojos que fueron sus primeras inspiraciones!

Y en las heladas tardes de invierno, cuando la caída de las hojas le recordaba ilusiones marchitas, tiempos mejores que pasa-

ron, cuando el sol más radiante esparcía sobre su alma sombras de cementerio, de tan inmenso caos de amargura, brotaron sus más hermosas poesías, y las que verdaderamente reflejan su espíritu.

La juventud, el ardor de la sangre y el temple de su alma triunfan en muchas ocasiones, se abren paso entre tantos crespones de duelo, y entonces Enrique Paradas, canta la naturaleza exuberante: las campiñas cuajadas de claveles, nardos y amapolas, los frescos olivares de Andalucía, y su cielo, vestido con las más espléndidas galas.

Enrique Paradas exprime su espíritu en todas sus composiciones, y por eso siente una invencible repugnancia y un desprecio sin límites hacia esos poetas, que merced a una labor mecánica y grosera producen obras desprovistas de todo sentimiento.

CABELLERA

(*La Caricatura*, n. 66, 22-X-1893)

